



S. AGUSTIN,  

---

LA CIUDAD  
DE DIOS.

VIII

BR65  
.A64  
E8  
v. 8  
1793

008012



1080014550

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

LA CIUDAD DE DIOS

DEL GRAN PADRE DE LA IGLESIA

SAN AGUSTIN.

LA CIUDAD DE DIOS

DEL GRAN PADRE

Y DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN AGUSTIN,

OBISPO DE IPONA,

DIVIDIDA EN VEINTE Y DOS LIBROS

TRADUCIDA DEL LATIN AL CASTELLANO

Por el Doctor Don Joseph Cayetano Diaz de Beyral  
y Bermudez, del Gremio y Claustro de la Real Universidad  
de Huesca, Opositor á sus Cátedras de Leyes  
y Cánones.

TOMO VIII.



Capilla de Valverde y Medina  
Biblioteca Universitaria

CON LICENCIA.

MADRID: EN LA IMPRENTA REAL,

AÑO DE 1795.

44752

2.  
220.6  
H

BR 65  
. A 64  
E 8  
V. 8  
1793



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

44723

LA CIUDAD DE DIOS

DEL GRAN PADRE

Y DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN AGUSTIN

OBISPO DE BONA

DIVIDIDA EN VEINTE Y DOS LIBROS

TRADUCIDA DEL LATIN AL CASTELLANO

Por el Doctor Don Joseph Castano Dini de Bona  
y Brindisi, del G. y C. de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales,  
de Bona, Opusculo a las Ordenes de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

OMOT

MADRID: EN LA IMPRENTA REAL

M. D. CC. XLII

PRÓLOGO.

Lector piadoso: en el libro XIV observa San Agustín, que la corrupción del cuerpo, que hace pesada al alma, no es la causa, sino la pena del primer pecado. Aunque ésta excite en nosotros ciertos desórdenes, no debemos atribuir á la carne todos los desórdenes, para no justificar al diablo, el que no consta de carne alguna. Los movimientos del alma son buenos ó malos, segun la voluntad es buena ó mala: la buena voluntad es el buen amor, y la mala es el amor malo. Los diferentes movimientos de este amor se llaman pasiones. Si se inclina hácia algun objeto, se llama deseo, si le posee, es gozo, si se retira de él, es temor, si á pesar suyo le siente, es tristeza. Estas pasiones pues, son buenas ó malas, segun que el amor es

008012

bueno ó malo, como lo prueba San Agustin con diversos pasages de la Escritura. Demuestra contra los Estoycos, que el alma del sabio está sujeta á las pasiones, y añade á las razones que da, el exemplo del mismo Jesu-Christo, el que por tener un verdadero cuerpo y una verdadera alma, tenia tambien verdaderas pasiones, de donde proviene que el Evangelio nos le presenta con una tristeza mezclada de santa indignacion al ver la obstinacion de los Judíos: dice, que vivir sin estar sujeto á las pasiones no pertenece á esta vida, sino á la otra: por ahora es suficiente vivir sin pecado; pero el pensar que se vive sin pecado, no es el medio de estar exênto de él, ni de conseguir el perdon: que si se llama apatía el no movernos pasion alguna, esta insensibilidad es peor que todos los vicios.

Nuestros primeros padres no eran án-

res de la culpa perturbados de alguna passion en el alma, ni afligidos de alguna incomodidad en el cuerpo: el uno y el otro vivian segun Dios en el paraíso corporal, como tambien en el espiritual. Porque, pues habia un paraíso para los bienes del cuerpo, era preciso que tambien le hubiese para los del espíritu: pero el ángel soberbio, envidioso de la felicidad del hombre, escogió la serpiente, animal astuto, como el instrumento mas propio para hacerle caer en la desobediencia. La muger creyó á la serpiente, y el hombre no quiso separarse de ella aun para hacer el mal. Aunque no fué engañado como la muger, no por eso fué ménos culpable, pues pecó con conocimiento. Si alguno se admira de que el pecado de Adan haya tenido tan funestas consequencias, siendo así que parece un pecado leve, no debe juzgar de la

grandeza de la culpa por su materia, sino por la desobediencia que la acompañó. Porque Dios en el precepto que impuso al hombre, no consideraba mas que su obediencia, virtud que es la madre de todas las demas. Siendo pues este precepto tan corto para poderle retener, y tan fácil de observar en medio de tanta abundancia de frutos que pudiera libremente comer, y quando todavía no hallaba dentro de sí nada que resistiese, fué tanto mas culpado en violarle, quanto era mas fácil su observancia. A esta transgresion precedió en él una mala voluntad y un sentimiento de soberbia, pues por aqui empieza todo pecado, como lo dice la Escritura, ¿Adán y Eva con sus excusas aumentáron su pecado? ¿No era menor su culpa porque la muger la cometió á persuasion de la serpiente, y el hombre á instancia de la muger? Con justicia pues en

castigo de su prevaricacion los abandonó Dios á sí mismos, no para vivir en la independencia que deseaban, sino para ser esclavos de aquel con quien se habian juntado pecando, para que sufriesen á pesar suyo la muerte del cuerpo, así como se habian procurado voluntariamente la del alma, y para ser condenados á la muerte eterna, si Dios no los libraba con su gracia.

Trata San Agustin de la concupiscencia, la que es consecuencia del pecado de nuestros primeros padres, y hace ver quan sensibles son sus movimientos á los que aman á Dios: dice, que en el paraíso terrestre hubieran engendrado los hombres sin esta concupiscencia, la qual todavía no habia nacido quando Dios dió su bendicion á los primeros para que creciesen, se multiplicasen y llenasen la tierra, para demostrar que la genera-



cion de los hijos pertenece á la gloria del matrimonio , y que no es pena del pecado. Cree el Santo , que aunque se pueda dar un sentido espiritual á lo que se dice de la creacion del hombre y de la muger , no obstante , se deben explicar á la letra aquellas palabras del Génesis: Dios los crió varon y hembra : como dos sexos en diferentes personas ; que no obstante, se le llama un solo hombre, ó por causa de la union del matrimonio, ó por el origen de la muger, que fué formada de la costilla del hombre. Se explica el Santo con bastante trabajo en punto de la diferencia que hubiera habido entre el modo de engendrar los hijos ántes del pecado, y el que ahora es consecuencia de la culpa. Solamente dice , que si no hubiera pecado no tendríamos motivo de avergonzarnos de lo que hoy hace la rebeldía de la carne contra el espíritu.

Refiere muchos exemplos de ciertos movimientos extraordinarios del cuerpo, sujetos á la voluntad , de lo que infiere que los mismos movimientos de la concupiscencia hubieran estado tambien sujetos á ella en el paraíso terrestre.

Despues de haber advertido en el último capítulo del libro precedente la diferencia de las dos ciudades; dice: que las han edificado dos amores, el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo: exâmina en el siguiente, que es el XV, quales son los ciudadanos de estas dos ciudades. Considera el curso y los progresos empezando desde Cain, al que considera como ciudadano de la ciudad terrestre, y desde Abel como ciudadano del cielo. Dice la Escritura que Cain edificó una ciudad, pero Abel como extranjero en la tierra, no la edifi-

có: porque la ciudad de los Santos está arriba, aunque aquí abaxo engendra unos ciudadanos, los quales son extrangeros en este mundo, hasta tanto que llegue el tiempo de su Reyno: no por esto dexa de ser verdad, que una parte de la ciudad de la tierra es imágen de la ciudad del cielo, pues no fué establecida por sí misma, sino para significar la otra. Hay pues en la ciudad de la tierra dos cosas, ella misma, y la ciudad del cielo, á quien representa. La naturaleza corrompida engendra ciudadanos de la ciudad terrestre, y la gracia que libra del pecado engendra los ciudadanos de la ciudad celestial. Los dos hijos de Abrahan, Ismael é Isaac, pertenecian á estas dos ciudades, el primero á la ciudad de la tierra, porque habia nacido segun la carne, y de la esclava, y el segundo que habia nacido de la madre libre, en execucion de la pro-

mesa de Dios, pertenecia á la ciudad del cielo, y denotaba los hijos de la gracia. Como los bienes que posee la ciudad de la tierra, no son de tal consideracion, que no causen tropiezos en los que los desean, de aquí proviene que muchas veces se divide contra sí misma, y sus ciudadanos se hacen la guerra, dan las batallas, y consiguen las sangrientas victorias. No se puede dudar que no son verdaderos bienes los que en aquella ciudad son objetos de sus deseos; mas como se detienen en ellos sin aspirar á otros mas excelentes, se grangean necesariamente infinitas miserias.

Nota San Agustin, que como era preciso poblar el mundo, y no habia otros hombres sino los que habian salido de las dos personas primeras, se casaron los hermanos con sus hermanas, y la necesidad los disculpó por entónces, en lo que

ahora seria un crimen detestable por la prohibicion que hay. Esta prohibicion está fundada en una razon justísima, porque siendo preciso mantener la amistad y la sociedad entre los hombres, esto se consigue mejor haciendo estas alianzas con los extraños que con los suyos, pues con estos ya estamos unidos con los lazos de la naturaleza: dice, que aunque no están prohibidos por la ley de Dios los matrimonios con las primas hermanas, y en su tiempo solamente eran vedados por las leyes humanas, eran no obstante muy raros, y se miraban con horror por causa de la proximidad del grado.

Por esto mismo juzgaba qué seria mas honesto prohibirlos, especialmente porque hay un cierto pudor laudable, que nos da naturalmente vergüenza de unirnos en matrimonio con aquellas personas,

que el parentesco nos hace mirar con respeto. Hablando de la mezcla de las dos ciudades por los matrimonios de los hijos de Dios, esto es, los Santos, con las hijas de los hombres por motivo de la hermosura de estas, dice que la belleza corporal es un bien dado por Dios, pero que como es un bien pasajero, baxo y miserable, no se la ama, como es razon quando se la ama mas que á Dios, que es un bien intrínseco, eterno é inmutable.

No le parece que se puede negar que Enoch escribió alguna cosa, supuesto que el Apóstol San Judas lo testifica en su carta canónica; pero no obstante, no carece de razon, que los libros de este Patriarca no se hallen en el catálogo de las Escrituras, ni se hayan conservado con el cuidado de los Sacerdotes en el templo de los Judíos, pues siendo tan

antiguos estos escritos, no era fácil justificar que fuesen autógrafos ó de sus manos los que corrian con su nombre. En el arca de Noé y en sus dimensiones, halló San Agustin una figura de Jesu-Christo y de su Iglesia; esto es lo que consta de dichos libros XIV y XV contenidos en este tomo 8.º Vale.



## LIBRO DECIMOQUARTO.

### CAPÍTULO I.

*Que por la inobediencia del primer hombre todos cayéran en la eternidad de la segunda muerte, si la gracia de Dios no librara á muchos.*

**D**iximos ya en los libros precedentes como Dios para unir recíprocamente en sociedad á los hombres, no solo con la semejanza de la naturaleza, sino tambien para estrecharlos en una nueva union y concordia con el vínculo de la paz por medio de una cierta cognacion y parentesco, quiso criarlos y propagarlos de un solo hombre; y como ningun individuo del linage humano faltara ni muriera, si los dos primeros, de los quales al uno crió Dios de la nada, y al otro del primero, no lo me-